



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Cuento | *Poesía* | *Fotografía*

EDICIÓN DE ANIVERSARIO
DICIEMBRE - ENERO

ANIVERSARIO



No. 17



INSCRÍBETE A NUESTROS TALLERES



TALLER DE LECTURA

Pon en marcha tu capacidad de comprensión y crea una relación entre la lectura, el aprendizaje y el placer.

TALLER DE ESCRITURA CREATIVA

Un espacio de aprendizaje de técnicas y estrategias para impulsar y fomentar tu creatividad.

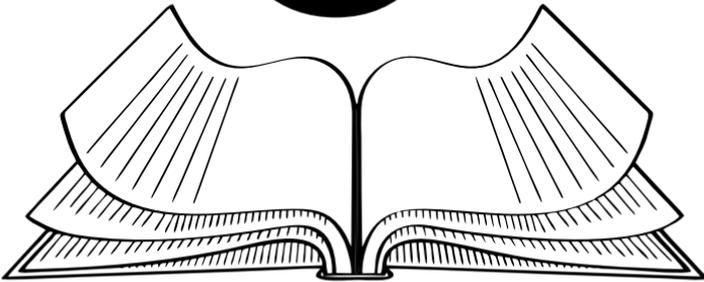
TALLER DE APRECIACIÓN ARTÍSTICA

Aborda las diferentes corrientes y conoce los elementos estéticos que te ayudarán a apreciar cada expresión artística.

Para mayor información y/o horarios:
info@porescrito.org

ANIVERSARIO

3°



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

No. 17

www.porescrito.org



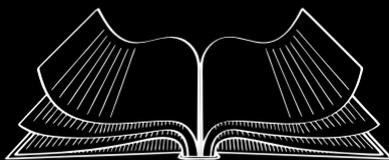
ANIVERSARIO

3°



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

www.porescrito.org



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

| | |
|--|----|
| Siete vidas Yonnier Torres Rodríguez | 9 |
| Flash Karla Gil Peña | 11 |
| Círculo Stella Maris Ramos | 12 |
| Balazos Tamara Ludmila García Morales | 13 |
| Matryoska Oriada Dajko | 14 |
| Carta a un amigo Alberto Ibarrola Oyón | 15 |
| Siervo Vinicio Piña Galindo | 17 |

FIRMAS

| | |
|--|----|
| La flor de mi secreto Juan Carlos Padilla Monroy | 18 |
| Cenizas Yamil Narchi Sadek | 20 |
| Madre Yamil Narchi Sadek | 21 |
| Desde abajo Virginia Meade | 22 |
| Miedo María Elena Sarmiento | 27 |
| Desconfiguraciones Cecilia Durán Mena | 29 |

Inamovible
Andrea Fischer 33

Día de muertos entre dos pueblos
Susana Corcuera 34

IMAGINARIO 36

VOCES

El prodigio
Juan Pablo Goñi Capurro 43

Virtual
Camilo Molina Redón 46

La falsa vida
Verónica Cores Gómez 49

Boleto
Francisco Duarte Cué 52

Al adiós
Tony Cantero 54

Nueva York, ciudad de tamemes
Norma Elizondo Mayer Serra 56

Bienvenida musa
Jorge Tezcucano Tirado 58

CONVERSACIONES

Las motivaciones de Felipe Cuevas
Cecilia Durán Mena 59

Hablando por escrito

La conmemoración de nuestro tercer aniversario resulta una ocasión privilegiada para recapitular sobre lo conseguido en estos diecisiete volúmenes que hemos editado y para celebrar la salud editorial que gozamos en Pretextos literarios por escrito. También nos sirve para reflexionar y posicionarnos frente al futuro. Esta edición es un homenaje al esfuerzo y entusiasmo mantenido tanto por los diversos autores que han colaborado como para los integrantes de la mesa de edición, los miembros del cuarto de guerra, fotógrafos e ilustradores, participantes en el certamen, de nuestros impresores, de quienes distribuyen los ejemplares, y de todos lo que con su generosidad y comedimiento han hecho realidad este proyecto.

Agradezco todo el trabajo que nos permite ahora disfrutar de una publicación consolidada editorialmente y leída a nivel nacional e internacional. Parece que ha sido poco lo sucedido desde que nos estábamos inaugurando con el número cero y todo lo que supuso ese primer número: incertidumbre y entusiasmo. No pocos nos miraron con ternura cuando decidimos dar paso a esta publicación que busca atrapar lectores para no dejarlos ir. ¿Para qué hacer todo esto? me cuestionaban entonces y me lo siguen preguntando.

Vaya que llevan razón al plantearnos semejante cuestionamiento: entregarnos a un proyecto literario en un país con un índice de lectura tan bajo admitió un grado de esperanza rayana en locura. Encima, tal y como lo dice Walter Benjamin en el ensayo *Storyteller*, “Cada vez es menos frecuente encontrar gente con la habilidad de narrar correctamente. Cada vez es más habitual enfretarnos con la decepción de quien quiere leer y se topa con quien no se supo expresar” (Illuminations, p.83) El camino se vislumbraba oscuro y nos auguraba ir saltando muchos obstáculos.

Pero, nos animamos. Creímos. Supusimos que sería posible. Nos aventuramos a esta búsqueda de la misma manera

en la que Diógenes vagabundó por las calles de Atenas con una lámpara encendida. Aspiramos a ser el enlace de gente que quisiera leer y de aquellos escritores que se niegan a dejar sus escritos condenados a la oscuridad de un cajón o al destierro de un archivo cibernético. Para nuestra sorpresa y beneplácito, visto a la distancia de diecisiete ejemplares editados, los textos que se han publicado en las páginas de esta revista han tenido un aura brillante que lograron la aspiración de ser leídos. En las palabras que se recogen en estos diecisiete tomos, el alma, la mirada, las manos del lector y del escritor se han conectado.

En el *Ultimátum* del número cero, invocamos a Sor Juana Inés de la Cruz y tomamos prestadas las palabras de la Carta a la Ilustre Sor Filotea de la Cruz: *“Leer, leer y más leer; sin más guía que los propios libros. Todo este trabajo lo hacía yo gustosa por amor a las letras”*. Cruzamos, entonces, una frontera y abrimos las pastas, virtuales y físicas, de esta revista para recibir poemas, cuentos, relatos, fotografías y ponerlos delante de miradas frescas. Lo hacemos gustosos por el gran amor que le tenemos a las letras.

Esta reflexión me lleva a sospechar que, en efecto, nuestros afanes constituyen un elemento que nos habita y nos da esa naturaleza. Es un impulso primario que los lleva a ponernos en contacto con esas zonas ficticias sin remedio y sin que opongamos mucha resistencia. Conviene hacer notar que lo verdaderamente fantástico tiene un asentamiento en nuestra realidad, ya que es en esta realidad donde brota lo inverosímil que se vuelve nuestra ilusión. Sólo así y no de otra manera, podemos entender a *Pretextos literarios por escrito*. Somos una compleja y nutrida comunidad de miembros que oscilan entre la desmesura y el candor, entre la ingenuidad y el temor, entre las ideas meramente ridículas que se transforman en realidades que hoy cumplen tres años a base de simplicidad y audacia.

En este ejemplar, estamos publicando los mejores textos que recibimos en nuestro IV Certamen literario y elegimos la sentencia que Ray Bradbury nos dejó en *Fahrenheit 451*: *“No tienes que quemar libros para destruir una cultura. Sólo*

haz que la gente deje de leerlos". Aspiramos a ser ese grupo de resistencia que se dedica a compartir poemas, cuentos, ensayos, entrevistas: letras.

Entonces, la respuesta a ¿para qué hacer todo esto? adquiere relevancia y se convierte en el sentido de esta publicación: convertirnos en instrumento de diálogo con quienes han tenido y tendrán las páginas de nuestros escritores frente a ellos; seducir con la palabra, compartir, sacar del anonimato a autores secretos, provocar complicidades, atrapar en una red elástica de hilos invisibles pero férreos que se tejen con palabras, puntos y comas a lectores que buscan y aquí encuentran. Si ya están aquí, no los dejaremos ir.

La editora general



Natalia Figueroa

Ganadores

DEL

IV

**CERTAMEN
LITERARIO**

CATEGORÍA POESÍA

ANIVERSARIO
3^o



**PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO**

Siete vidas

Yonnier Torres Rodríguez

Primer lugar en la categoría de Poesía

Mis amigas no saben qué hacer
a dónde huir
solo poseen la certeza de la fuga
una cesta de mimbre donde guardan los recuerdos de las noches
diluidas entre rezos lamentos
estrategias para ahuyentar al fracaso.

Mis amigas hacen café en la madrugada
Vierten azúcar
miel
anís

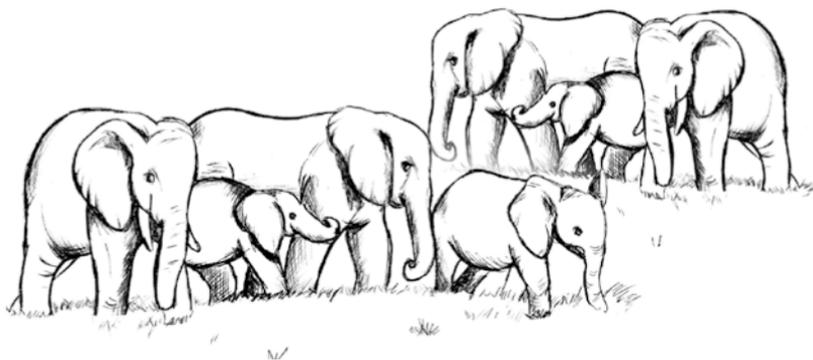
Con el último sorbo me convierto en lago
Ellas se desnudan antes de entrar
pero el agua está demasiado fría
la noche demasiado oscura
y las sombras
lentas
pesadas
se desplazan con parsimonia
como los elefantes cuando están a punto de morir.

Mis amigas tienen ganas de morirse
cual si fueran elefantes
peces
pájaros
dragones de fuego
pero poseen siete vidas
y solo se han muerto cinco veces

Confían en que la sexta será la definitiva
Construyen una lista de deseos: lanzarse desde un puente con los
pies atados
hartarse de alcohol
dormir bajo un bosque de secuoyas
rodar sobre una planicie inmensa
masturbarse con un vibrador plateado de talla media y baterías
recargables
atravesar la frontera sin coyote
sin miedo.

Mis amigas han sido pájaros
peces
dragones de fuego

Aun así no logran escapar de esta Isla.
Solo les queda ser elefantes
recorrer la sabana
esperar a la muerte y su santa clemencia.



Paúl Núñez

Flash

Karla Gil Peña

Segundo lugar en la categoría de Poesía

El lente enfoca
desde ángulos
distópicos
un punto
una gota de lluvia
en la ventana
de un auto
donde una niña
aún recuesta
su sien
inmóvil
y una gota de sangre
es retratada



Paúl Núñez

Círculo

Stella Maris Ramos

Tercer lugar en la categoría de Poesía

En una pared
cubierta de sombras
la luna espía de soslayo
el pájaro duerme
un sueño eterno.
Sus plumas
se confunden con la noche
extraviada
en un vacío inmenso.

Un escalofrío voraz
cierra el círculo.

Allí
donde duermen las palabras
pone a secar
sus últimos años.



Paúl Núñez

Balazos

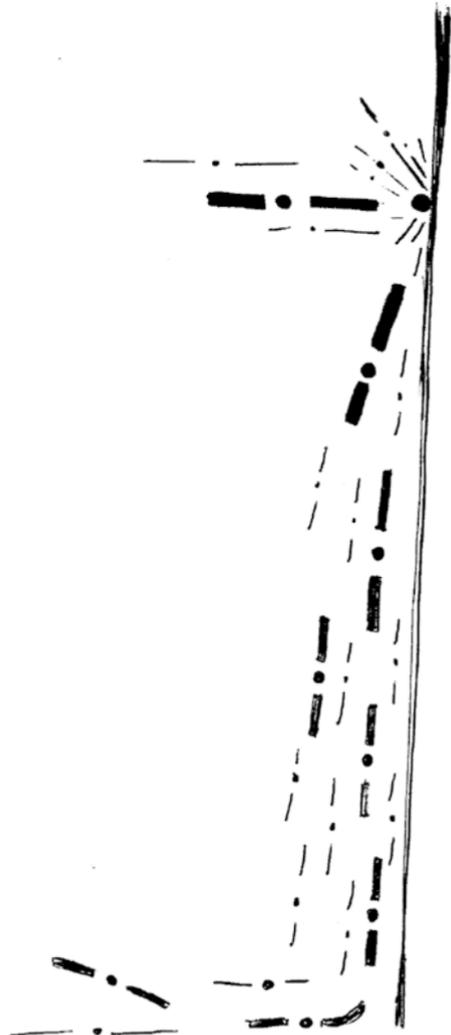
Tamara Ludmila García Morales

Mención honorífica en la categoría de Poesía

Tanto tabaco tanatorio,
tanto tamboril taladrante,
tantas tartamudas tabletas,
tatúan tabiques, tabernas.

Tambores tañen tantalios,
tajando tardes taciturnas,
tángana tautología tal,
tal tanque tararear.

Tartaja tanda táctica,
taxativo tancredismo tararí,
talador taconeo tartárico,
tarareo, tatatá, tararí.



Paúl Núñez

Matryoska

Oriada Dajko

Mención honorífica en la categoría de Poesía

Yo
...usted...
...nosotros...
...dos extraños...
dos desconocidos más.
Pero aún en este mundo,
todavía limitados a un estado,
de vez en cuando vivimos en una ciudad,
en una casa vamos a ser dos extraños más por casualidad.
Incluso dentro de nosotros, el idioma no será encontrado.
¿Porque amamos limitados en nuestro amor?
¿Porque odiamos aun con este odio?
Seguimos tan adentro, tan profundo
que ni siquiera conocemos el muro más allá.
No, en este mundo, solo el idioma
no fue encontrado.
¿Pero, porque no
entre nosotros dos?



Paúl Núñez

Carta a un amigo

Alberto Ibarrola Oyón

Réplica al poema La ciudad, de C.P. Cavafis

Recuerdas la tormenta de silenciosos agravios,
los jinetes embrujados que cabalgaban hasta la aurora,
las desidias que enloquecían las amistades,
y quieres cambiarlo, quieres mejorar el ayer.
Pero las dudas pesan y lastiman tu conciencia,
los temores y frustraciones influyen en tu mirada
y tu alma habitada por recipientes quebrados
se trasforma en un dolor insano e intolerable.
Las decepciones y los fracasos, indudablemente,
ahuyentaron a los sensibles amigos de antaño,
te hieren todavía en el corazón lacerado
y no eres capaz de cerrar tus heridas solitarias.
Las vanas palabras de mujeres extraviadas
no se han ido aún de tu vida, ni se irán.
En cualquier caso, pese a las sombras perversas
que se proyectan sobre tu memoria,
piensas en regresar coronado de laureles
cuando la ciudad de los pecados que te sonrojan
no alberga ya aquellos edificios depravados,
no contiene las imágenes que te trastornaron,
porque ya ni siquiera existe, no es.
Al cesar en el errático peregrinaje
que solicitaste entre aquellas rúas aborrecidas,
desapareció aniquilada por espectros satánicos
que aguardaban tu huida para silenciarla.
Estás completamente solo, intensamente solo,
la ciudad solo se hallaba en tu imaginación,

y la sonrisa rencorosa en tu rostro desordenado
no sirve para dotarla de realidad tangible.
Vives atormentado por un ayer que nadie recuerda.
¡Despierta de esta muerte de pasados irre recuperables!
La ciudad que añoras no te hablaba ni te amaba,
a sus habitantes ya los conoces, y los abandonaste.
Piensa en las bellas muchachas que te desean,
en los gorriones que te ofrecen copas de un néctar
que, soberbio, nunca habías deseado degustar.
Tu juventud será el bálsamo de la tristeza y la desesperanza,
la madurez será un lugar de luciérnagas serenas,
y la senectud, cuando llegue, será buena para recordar,
pero no esas viejas historias, no esos sentimientos vulgares,
sino los hechos de una vida realizada, tu vida.



Paúl Núñez

Siervo

Vinicio Piña Galindo

The power of relinquishing what one would keep; that is freedom.

Marianne Moore, His Shield

Soy siervo
 y como siervo te tengo en la cadena,
 con la mirada fija en mis pasos
 y en mi sombra, y aún no lo sabes.
 Soy siervo
 y las piedras que gastas en mi piel
 las voy apilando a tu lado
 sin que repares en ellas,
 sin que tus dedos las encuentren
 en su frágil insomnio.
 Soy siervo
 y arreglo la jaula donde duermo,
 recuesto las sábanas sobre tu silueta
 y espero cubrirte en nuestra distancia,
 sostengo la estaca que camina
 entre mis huesos y la apuro.
 Soy siervo
 y como siervo te tengo en la cadena,
 con la mirada fija en mis pasos
 y en mi sombra.



Paúl Núñez

La flor de mi secreto

Juan Carlos Padilla Monroy

Si callo mi secreto, él es mi prisionero;
Si lo revelo, me convierto yo en el suyo
Máxima Árabe

Sin mi secreto me consumo en el olvido,
ya que olvido quién soy y por qué existo,
yo existo porque aún nadie ha visto
el jardín de rosas que esconde mi latido.

Si entregara mi secreto al enemigo,
bajo el filo de la espada yo perezco,
y en el vacío imperecedero permanezco
como en el mortal pacto del diablo conmigo.

Pero no hay secreto a voces que conozca
ni verdad que misterioso guarde y no descubras,
con la luz de tus ojos mi desnudez alumbras
y las puertas blancas para ti yo reconozco.

En lo profundo de mi alma siento afecto
y te exploro en las pasiones desbordadas,
desde el puerto donde encontré a las hadas
que revelaron la verdad de mis defectos.

Cuando sonríes, tu boca es mi guarida,
y en mis sueños te desnudo mientras duermo
y sigo tus pasos hacia el Edén eterno,
para encaminarme a tu tierra prometida.

Como un botón que negligente despierta
con el rocío de la mañana sutil,
suave como el pétalo tu piel frágil,
en el néctar de mis labios se convierta.

De mi jardín tu eres inmortal doncella,
como promesa del santuario es un lirio,
y tu dulce voz extingue mi delirio
y el semblante de tu rostro es mi estrella.

Pues guardo bajo llave mi secreto,
y con fresca ironía te aseguro,
que cada vez que preguntas en qué pienso,
eres tú la llave del seguro,
los besos de mi boca,
las alas de mi vuelo,
las nubes de mi cielo,
la Luna de mis ojos,
la estrella de la tarde,
el pozo del desierto,
la luz de mi camino
la flor de mi secreto...



Cenizas

Yamil Narchi Sadek

Asistir a la huida de la parvada en llamas,
dejando que aletee con ella el pecho.

Después,

— antes de entrar a casa —

barrer las cenizas de la calle.



Paúl Núñez

Madre

Yamil Narchi Sadek

madre,
la luna se me hizo
dos gajos

busco en todas partes
la luz
y la encuentro en migas
haciendo un camino que no termina
que promete llevarme
fuera del bosque

de vuelta



Paúl Núñez

Desde abajo

Virginia Meade

Me llevaron a mi lugar de trabajo cuando los empleados de la delegación colocaban los adoquines de granito sobre la plancha de la plaza; observé a los hombres apisonar la tierra y tras ellos, otra cuadrilla empalmaba los abanicos para formar una circunferencia gris donde habían dejado libre un espacio redondo en el centro. Los jardineros ya habían sembrado los arrayanes que rodearían el lugar. También conservaron los fresnos cincuentenarios para que siguieran ofreciendo su sombra y refugio a la fauna alada. Las bancas de hierro fundido pintadas de verde ya estaban ancladas en el concreto al igual que los postes de luz que iluminarían la plaza en cuanto el sol adormezca. Unos pocos ajustes y yo también estaré en mi sitio.

Desde mi lugar, veo las nubes crecidas y, aún más cerca, las coronas de los árboles y sus habitantes emplumados. Es el inicio del verano; los pájaros construyen sus nidos sin detenerse; en ocasiones, el paso de las aves entre los fresnos convierte el día en noche.

Soy una cubierta de alcantarilla que sirve para tapar todo lo que corre bajo la ciudad; recibo y filtro lo peor de las personas y, sin embargo, también las lágrimas del cielo limpian todo y luego se oscurecen a través de mí.

Me instalaron entre dos mundos: uno donde la vida y la claridad explotan y, el otro, donde a pesar de la ausencia de sonidos y luz, la vida existe; desde mi posición veo sólo al de arriba que brilla y, al otro, al lóbrego, únicamente lo adivino cuando sus apuestos vapores luchan por salir a través de mí; únicamente llegan a la superficie para suspirar antes de esfumarse.

Los niños corretean detrás del balón hasta que el sol es sólo una raya. Antes de irse a casa, uno de los niños se aproxima y cuando está encima de mí, se agacha para acercar su boca a uno de mis orificios y grita:

—¿Hay alguien ahí?

El resto de los pequeños detienen el juego y se reúnen a mí alrededor. Uno de ellos le grita:

—Juan, ¡eres un cochino!

Juan se acuesta sobre los adoquines y les dice:

—Esta alcantarilla es mi amiga, no me hará nada. Vengan y asomen la cabeza.

Los niños lo obedecen y cuando todos están echados, lo miran esperando sus instrucciones y le preguntan:

—¿Y ahora, qué?

—Fíjense, algo vivo se mueve allá abajo y brilla cuando sube; yo creo que es una súper víbora.

El mismo niño de antes lo interrumpe:

—Nada, qué, debe ser toda la basura de la colonia.

Juan insiste:

—Es algo lento que sube y baja.

—¡Nah! —reclama un güero— ¡Yo no veo nada!

—Bueno, hoy no los voy a convencer, de todas maneras gritemos:

Las voces infantiles reverberan en lo profundo:

—¿Hay alguien ahí?

Existe un momento cuando mi mundo se equilibra: la noche. Desde abajo admiro la oscuridad insondable del universo e imagino el manto que viaja interminable por el drenaje; ojalá que la esperanza y la soledad se crucen.

Aquellos niños ya no juegan tras un balón; hoy su hora es la noche cerrada. En esta noche de verano dos sombras me cubren; una de ellas susurra:

—Maurilia, ven a asomarte a la alcantarilla a ver si todavía está la víbora. No te preocupes, ya sé que está toda sucia, pero la limpio

con mi camisa para que no sientas asco. ¿Ya viste? En la negrura hay algo que se mueve lento, como si el tiempo no pasara; cada vez que sube o baja me parece que brilla. Lo ves, ¿verdad?

Alcancó a oír una jerigonza como si las palabras de Maurilia se mezclaran en la boca y no pudieran salir.

El muchacho con emoción continúa:

—Sí, ya sé, los demás también se han cansado de decir que es la basura.

Las dos cabezas cubren la luz. Sólo veo las sombras. Reconozco su voz, ha cambiado y suena como un joven alegre. Es Juan. De repente, él murmura muy cerca de la cara de la muchacha:

—Te quiero, Maurilia, a la buena.

Algo dice ella que yo no entiendo:

—Aunque los demás digan que eres gangosa, yo te entiendo todo; hablo tanto que vale por los dos —la voz se detiene— ¿Qué te pasa? Dilo despacio, ¿qué te asustó?

En ese momento alguien jala a Juan y le grita:

—Maldito, ¿qué haces con mi hija?

—Buenas señor, estamos platicando.

—¿Qué crees que no los vi? ¡Están echados en el suelo como animales! Mi hija no es de esas.

La voz de Juan suena alarmada, pero con firmeza contesta:

—No, señor, usted no entiende, estamos viendo lo que hay debajo de la alcantarilla. Además, yo quiero a su hija. Nunca me aprovecharía de ella.

Veo una figura rechoncha, es más alto que Juan, lo tiene agarrado de la camisa. Ahora el hombre grita con enojo a la joven; de la cual sólo veo la punta de sus zapatos.

—Maurilia, ¡lárgate a la casa!

Ella no contesta. Juan con voz conciliadora añade:

—Sí, Maurilia, ve a tu casa; tu papá y yo arreglaremos esto. Todo va a estar bien. Lo prometo.

Sin decir una palabra los pasos de la muchacha resuenan en los adoquines alejándose de la plaza.

Entonces el hombre gruñe:

—Entiende esto, muchacho, Maurilia es mía y no será la mujer de nadie más.

—Qué dice señor, ¡pero si es su hija!

—Te lo voy a mostrar de esta manera para que entiendas bien, imbécil.

Juan con voz desfalleciente murmura:

— ¡Ay! Diosito santo ya me rajó usted.

—Así es y, como no me gusta que estés cerca de ella, te lo voy a repetir.

El hombre empuja a Juan con tanta violencia que lo tira sobre mí; el impacto provoca que me levante de la superficie, quedo ladeada. Veo cómo el hombre se inclina sobre el muchacho y lo acuchilla varias veces, parece como si el tiempo transcurriera demasiado lento. Se escucha el chirrido de llantas y las luces de una patrulla iluminan la plaza, la sirena aúlla mientras los policías corren hacia nosotros. Con firmeza, dos de ellos agarran al hombre y, aunque éste lucha para soltarse, lo obligan a arrodillarse sujetándolo de los brazos hasta que se queda quieto. La cabeza de Juan está muy cerca de mí, sus ojos negros reflejan las luces. La torreta de la patrulla provoca la ilusión de que me miran; me imagino que así veía él a la súper víbora en la negrura del drenaje.

Llega una ambulancia y un médico baja con paso apresurado; coloca su maletín en el suelo y revisa a Juan; cuando termina, se levanta y dirigiéndose al policía afirma:

—Oficial, ya no hay nada que hacer. Se fue. ¿Qué pasó?

—El señor de ahí lo mató a cuchilladas porque andaba rondando a su hija.

—¿Qué daño podía hacerle, si todavía es un muchacho?

—Pues, ya ve.

El hombre de la bata blanca suspira:

—No queda más que llevarlo a la morgue.

De la ambulancia, se acercan un par de enfermeros que traen una camilla; la colocan junto Juan. Es la primera vez que lo veo completo, la mancha negra cubre su camisa blanca, su cabello revolotea sobre mí, cuando lo levantan, caigo con estrépito mientras crujo:

—¿Hay alguien ahí?



Paúl Núñez

Miedo

María Elena Sarmiento

Hace casi 600 años, Vlad Drácula era el príncipe de Valaquia, de esta tierra que estoy pisando en el sur de Rumania. Aquí se le considera héroe nacional. Dicen que luchó con fiereza contra el expansionismo de los otomanos quienes estaban a punto de adueñarse de toda Europa. Hoy en día, la gente le agradece la violencia y la saña que empleaba para castigar a sus enemigos y traidores.

Mi guía rumano, sonriendo, me cuenta que el príncipe tenía una gran afición por empalarlos. Su verdugo era tan experto en anatomía que les podía meter un poste de madera por el ano sin afectar órganos vitales. Los castigados duraban varios días en sus estacas, exhibidos para que nadie se atreviera a traicionarlo. Dice que causaba tanto miedo con su sola presencia que retrasó por muchísimos años la conquista de sus tierras.

Me desconcierta pensar que alguien así de cruel pueda convertirse en ídolo del pueblo. Creo que sólo me está contando lo que cree que una turista como yo quiere escuchar, por lo que le pregunto al primero que se me atraviesa por la calle. Sí. Vlad el empalador es un héroe nacional. Me dice que no era muy alto, aunque sí era corpulento y musculoso. Su cara era rojiza, su nariz aguileña y llevaba un bigote que le atravesaba las mejillas debajo de los pómulos.

—Muy parecido a su acompañante —termina, mientras se despide para continuar su camino.

Volteo a ver a mi guía. Me recorre un escalofrío. Su parecido con el retrato de Vlad que uno encuentra en internet es asombroso. Prefiero apurar el paso para llegar al lugar donde vamos a reunirnos con el grupo. Ahí cenaremos a salvo. Ahora me parece que no debí de haberme separado de ellos.

Es temprano. Tendremos que esperarlos. Me traen una copa de vino y aún antes de probarla, tengo la sensación de que me va a saber a sangre, como quiera que sepa la sangre. El primer trago que doy es muy breve, algo me dice que tengo que tener precaución. El ambiente me parece tenebroso, las luces de la pared apenas alumbran el comedor. Estamos muy cerca del castillo de Drácula y mis compañeros de viaje no llegan. Por los nervios, se me olvida el asco que me había dado la copa. Cuando me doy cuenta, ya me la terminé.

Estoy un poco mareada. Soy presa fácil de cualquier vampiro. El guía está sentado a mi lado y me mira con insistencia. Su bigote me parece más espeso que antes. Es idéntico a Drácula. Seguro es su descendiente. ¿Estoy segura de que Bram Stoker es ficción? Estoy convencida de que este pálido sujeto me está mirando el cuello. ¿Lo estará midiendo mentalmente? ¿Será más sabrosa la sangre de una joven tierna que la de una mujer madura?

Sé que de un momento a otro le voy a ver los colmillos y, cuando lo haga, voy a dejar de ser yo como siempre he sido. Tal vez ya mató a los demás del grupo o los tiene prisioneros para emplearlos más tarde.

¡No puedo más! Las únicas armas a las que tengo acceso son los cubiertos. Quisiera tener una estaca de madera, pero me tengo que conformar. Intento encajarle el cuchillo en el abdomen, pero él me detiene la mano. Alcanzo a enterrarle las puntas del tenedor en un brazo antes de salir corriendo.

Afuera me encuentro a los demás del grupo. Vienen riendo. Tan normales como siempre.

—Se nos hizo tarde —me dice uno de ellos.



Desconfiguraciones

Cecilia Durán Mena

Había una vez una letra que de tanto esperar su turno, se marchitó. Ésta es la historia de un laurel que tardó tanto tiempo en elegir cuál era la cabeza ideal que debía adornar, que se pudrió. En aquellos tiempos hubo una idea que aspiró tanto a perfeccionarse, que se olvidó.

Érase una vez una palabra que de tanto rondar el perímetro, se extravió.

Por aquellos días hubo un poema que buscó subir al peldaño más alto que se fue de bruces por el quicio y se rompió.

El café se enfrió.

Los dibujos y las anécdotas registrados en el cuaderno siguieron un batiburrillo puberal que jamás lograron comunicarse.

Hubo que apagar el cigarro.

Fue mejor cerrar esa ventana.

Los cuchicheos y las risitas que oía al pasar tenían el impacto de un balón extraviado que se impacta en la cara.

Sonreía.

Se llevaba las manos a los oídos. Escondía el cuaderno entre sus ropas. No quería que nada le afectara. No dejaba que le dañara lo malo.

Amaba ese cuaderno. Lleva años abrazando ese cuaderno. Duerme aferrándome a esa grandeza que va a llegar.

Amar es sinónimo de rigor.

Tachones.

No hay suficientes tachones. Una agenda apretada, llena de citas con las mejores ideas, le impide pasearse por la plaza.

Se pierde en el asombroso laberinto sacro que busca el perfecto estado de la composición.

Hay que corregir. No hay otra cosa más que la armonía perfecta.

Rigor con severidad.

Tiesura.

Rigidez.

Quizás si te dejaras atrapar por una melancolía que sabe reírse de sí misma, y por una ternura que nos ablanda y nos hace penetrables. Cuando estamos blandos, el mundo nos llena. No pienses mal pero, ¿cuándo nos vas a dejar salir de este encierro?

Nos gustaría concretar.

Algún día. No querría ofender al público con algo inacabado, ¿entiendes?

Nos gustaría quedarnos así, salir.

No puedo. No está listo.

Nos gustaría poder estar frente a la mirada de alguien más, nos gustaría

conocer otros ojos, nos gustaría... nos gustaría ser leídos. No pienses mal, pero es que... en verdad nos gustaría.

Te tengo que dejar.

La letra marchita, el laurel podrido, la idea olvidada, la palabra extraviada, el poema roto, volvieron de nuevo al cajón.

Al final, hubo un escritor que se perdió en la oscuridad del túnel.

2.

Pienso que todas las historias hablan de mí, de nosotros. Me encantaría escribir algo así. Fíjate. Está sucediendo algo así. Ahora mismo, ¿te das cuenta? Pero, con la realidad galopante y furiosa, nadie se da cuenta. Todo se está enredando. En serio, tanto lo he pensado que me creo protagonista de todo y termino escribiendo nada.

¿A qué viene tanto remilgo? Pero, recién voy empezando, vienen las sentencias, las hipotecas literarias, las obligaciones con el fondo y la forma. Se acaban las euforias. Se apagan las intenciones. Crecen las eufonías, cacofonías, ¿qué caso tiene?

La pregunta tiene sustento. Es asombroso como llevo años tratando de imprimir en esta hoja lo que traigo dentro. Si los bancos se hicieran cargo de los impuestos por pagar que me inflige la obligación de poner algo relevante: transformador, dejarían de cobrar esas comisiones estratosféricas y esas tasas de interés descomunales. Es como si fuera la coprotagonista de un duelo: atreverse o dejarlo de lado. ¿Para qué tanto afán? Palabras malolientes, oraciones enfangadas, vulgaridad demoledora, no hay nada ejemplar. Es como vivir gobernada por una multipersonalidad.

Querer y despreciar.

Creo que todo habla de mí, de nosotros. Del instante de despecho en el que por fin vislumbro el nacimiento de algo que valdrá la pena. Mareo, rencor, encono. Ahí se congela el plano, porque así es la vida. Así es la mía. No imagino ningún tipo de repercusión. No hay trascendencia. Nada relevante que decir.

Seguramente el silencio es el mejor sinónimo del amor.

La contradicción: el momento creativo y la destrucción como fiel mosquetero que impide y que asegura que no sé nada de eso. Quizás todo tiene que ver con la reintegración. Pronto lo sabremos, tal vez no lo sabremos nunca.

Esperar y esperar. Decir algo. Escribir. Siempre es igual. Sucede durante el desayuno. Las palabras nacen limpias al amanecer, pero se van ensuciando conforme va avanzando la tarde. Espera y espera. De repente, sale al paso. Aprovecha, vienen por ahí, como pedazos sueltos. Ahí vienen, listas para calmar las ansias. Pero, de nuevo, prefiero guardar el secreto,

porque no puedo elaborar. Cuando voy a su encuentro, las desprecio porque a esas horas, me parecen demasiado chamagosas.

Es que si todas las historias hablan de mí, de nosotros. Tal vez, ya esté todo dicho.

3.

Las vidas imperfectas renacen en estos textos.

Aquí hay historias verdaderas. Una serie de relatos se cosen a lo largo de una trama narrativa. Una amplia recopilación de textos que estaban atrapados entre las paredes de un cajón de madera fue liberada por esa voz que llena de humor y ternura fue capaz de narrar.

Esa es la voz que tiene la capacidad de volver candorosamente digeribles las historias crudas. Ésas que permanecían condenadas a vivir eternamente el proceso de cocción en el horno de la perpetuidad.

Atravimiento.

Sí, tal vez el atravimiento sí sea el sinónimo del amor.

Narrar la vida de una mujer alcohólica que se esmera por tener la cocina limpia, contar de hombres que salen corriendo desesperados por el orden simétrico de una casa y se refugian entre sábanas arrugadas que huelen a grasa, escribir sobre una maestra que se para frente a un grupo de estudiantes y habla apasionada de un tema que ya no enciende la atención de nadie, hijos que miran a un lado y al otro y no encuentran un par de brazos que los quieran proteger. Mirar. Esconderse. Mostrarse. Ocultarse. Decidirse.

Claros y oscuros rebosantes de vida. El secreto mejor guardado sirve de poco, de muy poco.

No es suficiente ser una frase que se asusta y se arrincona. La voz encuentra el eje rotatorio que permite el diálogo. Se liberan un paraíso de noche, una bienvenida a la casa, una serie de apuntes que no tenían sentido. Cada amanecer tiene su propia historia, su tonada y un acento que puede ser la mezcla de sal y miel.

La redención está al alcance de cualquiera que pretenda desintoxicarse de la basura arrogante que nos vemos obligados a tragarnos cada día. Se trata de huir hacia dentro y encontrar el vértice del espíritu en el que confluye la sensación única de plenitud.

No hay que escribir historias perfectas. Las vidas imperfectas tienen muchas capas de significados. El redescubrimiento de voces, la eulogía colectiva que otorga la redención. Nuevos relatos, otros escenarios, personajes que traen recuerdos, un juego de espejos, partir de lo que se ha vivido porque la ficción se vive, describir espacios y dejar fuera lo que se acabó reconstruyendo entre viñetas y tizeretazos.

No se sabe, en todo caso, si se trata de seres descolocados que van corriendo de la normalidad de los modos aprobados como funcionales, de la suavidad de una mirada, o de romper los discursos que nos enseñaron que serían el canon, de fracturas y canales; no importa. La brutalidad del electrodoméstico que somete, las terquedades, los olores a loción y perfumes baratos, o los maridos cumplidores que resoplan o, las exesposas que se hacen amigas de exesposos de otras mujeres... Se encenderá la luz. Se descubrirán hojas plagadas de acontecimientos simultáneos que estaban juntos en ese lugar, en esa vida.

En este ejercicio, la palabra transmuta. Los renglones se convierten en ideas que se meten entre la piel de los que pudieron, por fin, leerlos. Y, puede ser que estas ficciones liberadas sean realidades por las que se asoma tímidamente la Verdad.



Inamovible

Andrea Fischer

La mujer-armario corre, desquiciada, en un espacio oscuro con las puertas del pecho abiertas. Se le ven las estanterías vacías, como costillas que no amordazan más un corazón. Se recogió el pelo en un chongo. De poco le sirvió: está deshilachado ya, como un mechudo sucio y deslavado. En lugar de ajustárselo de nuevo, se lleva las manos al rostro para contener el cauce que se le desborda de los ojos. Si acaso, intenta recoger del suelo los ganchos que se le han caído en el camino, pero no puede: es robusta y pesada, y sabe que si se acerca demasiado al piso, no va a lograr levantarse nunca. Y está sola. Sola porque dejó que alguien más se llevase las mejores prendas que tenía en su interior. Sola porque no supo guardar bien la llave de sus entrañas. Sola porque la estuvo ofreciendo por todas partes. Sola, porque dejó ir todo muy fácil. Y ahora se regocija ciegamente comiendo polvo, polvo, polvo y más polvo. Enseña los dientes, ya caídos, en una sonrisa se le ha entumido Entonces, la mujer-armario se desvanece en la soledad, entre brincos adoloridos y ecos que se disipan. Sólo a veces se escucha el rechinar de los ganchos contra el piso: rasguños que le lastiman los oídos, pero que no le devuelven nada. Inamovible.



Día de muertos entre dos pueblos

Susana Corcuera

Ir de noche de mi pueblo a Atotonilco, no el bajo ni el alto, sino uno de los muchos que aparecen en Jalisco, es un recorrido en el tiempo. Al pasar la primera curva, después de una subida, se entra en un paisaje inalterado por el humano. Huele a zorrillo y a esa planta de flores amarillas mal nombrada tacote. Si la luna se está apenas formando, las estrellas cubren el cielo. Si es llena, las sombras de los mezquites dibujan brazos, piernas y garras en el suelo. Los sonidos de mi pueblo dejan de oírse, también su olor. Aquí los grillos sólo se callan cuando aparece algún sapo hambriento y entonces, por un momento, el único ruido fue el de mis pasos.

La noche de muertos había más estrellas que sombras en la vereda y una lluvia tardía había limpiado el aire. Olía a tierra mojada, ese olor raro en las ciudades.

Mi pueblo se ha vuelto ruidoso y para ver las estrellas es necesario esconderse de las luces blancas que iluminan las calles. Hace unos años, olía a caña de azúcar y a estiércol. Hoy, cuando huele a caña, la gente se detiene, cierra los ojos y respira profundamente.

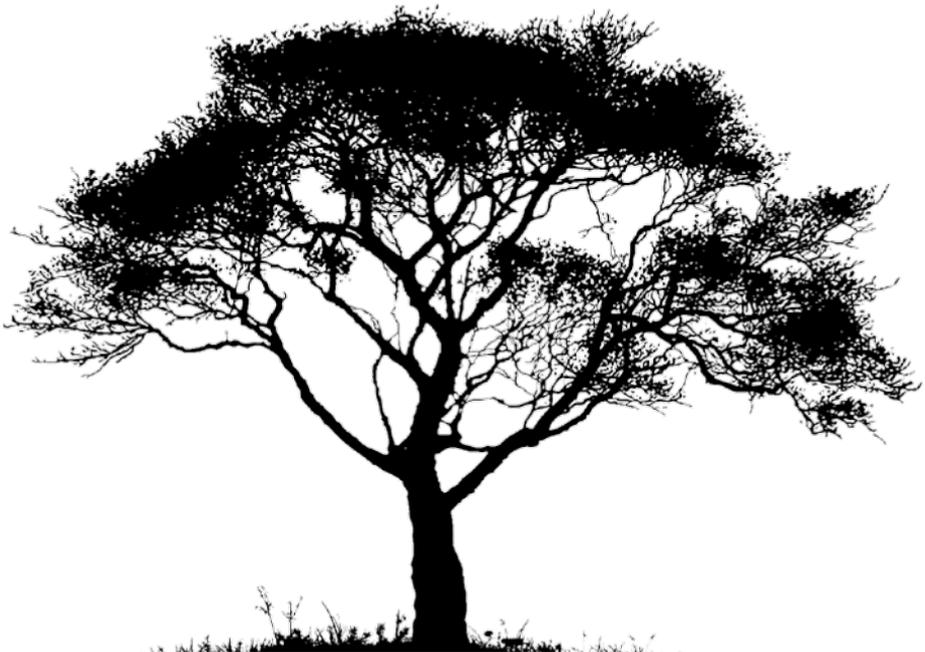
La entrada de Atotonilco, que no es ni el alto ni el bajo, está enmarcada por dos parotas. Según cuentan los viejos, durante la guerra cristera, de sus ramas colgaban difuntos. Hoy forman un túnel en lo alto y las raíces han levantado las piedras lisas. Los forasteros se admiran, la gente de Atotonilco ha dejado de verlo. Porque es gente distinta, la de este pueblo entre dos tiempos. Se habla de que en realidad son ánimas. El día de muertos pensé que algo de cierto hay detrás de lo que se murmura en los alrededores.

Lo primero que me sorprendió fue la oscuridad. Los faroles estaban apagados, y la luna oculta detrás de unas nubes que no había visto en el trayecto. Iba a ver al delegado en la plaza para leer ahí un texto sobre los altares de muertos. Pero en la plaza no había más que un hombre vendiendo churros.

—La otra plaza, la del camposanto —me contestó cuando le pregunté por qué estaba solo- y siguió metiendo la pasta en el aceite hirviendo.

Caminé por callejones hasta llegar al panteón. Ahí estaban los altares, iluminados por unas cuantas veladoras y adornados con papel picado. Algunos tenían una foto; otros, botellas de cerveza vacías. El más vistoso tenía un sombrero. Eso era todo. Ni sal, ni agua, ninguna ofrenda. No encontré a nadie para preguntarle por el delegado y un perro flaco me decidió a regresar a mi pueblo ruidoso.

Salvo el hombre de los churros, no encontré a nadie en el camino de vuelta. Y tuve miedo. Las sombras de los mezquites se convirtieron en enemigos, los ruidos en amenazas. ¿Qué hacía yo sola en ese páramo? Un alma perdida entre dos tiempos.





Mejillones, Daniela Luiselli



Romana 2, Daniela Luiselli



Sin título, **Rodrigo Amaya Trucchi**



Sin título, **Rodrigo Amaya Trucchi**



In absentia, **Andrea Fischer**



Sin título, **Alejandro Varela**



Sin título,
Alejandro Varela



Estacional III, Sabina



Sin título, Rodrigo Amaya Trucchi

Ganadores

DEL

IV

**CERTAMEN
LITERARIO**

CATEGORÍA PROSA

ANIVERSARIO
3°



**PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO**

El prodigio

Juan Pablo Goñi Capurro

Primer lugar en la categoría de Prosa

En el seno de la familia González la expectativa creció hasta el grado mil —de verdad, hubiera llegado al mil si alguien se hubiera tomado el trabajo de comprobarla, y si antes otro se hubiese tomado la molestia de inventar un medidor de expectativas en escala decimal—; la abuela Ramona, papá Ramón, mamá Alicia, tía Ramona, tío Carlos esposo de tía Ramona, y hermana Alicia, inclinados al punto del perder el equilibrio, estaban concentrados en los labios del pequeño Ramoncito.

Cuatro «da, da» seguidos constituían un aviso, el bebé iba a decir sus primeras palabras. Ramón tenía la lista que reunía las apuestas familiares; «papá», tenía el cincuenta y uno por ciento, «mamá» el cuarenta y nueve —son conservadores en sus apuestas los González de mi pueblo—. El bebé abrió la boca y escupió al mundo: «Daddy, I love you», con el acento de un catedrático de Oxford. La sorpresa fue tan grande que nadie reparó en que el niño había dicho esas palabras directo a la cara del tío Carlos.

Ramón, tras romper la hoja y decretar que las apuestas quedaban para la banca, cosa que nadie discutió ya que estamos habituados a que la banca se lleve todo —y a los González les venía bien esa ayuda para la hipoteca—, en vez de aplaudir y exclamar frases sin sentido a tontas y a locas como hicieron sus familiares, se sentó a cavilar sobre lo importante de la situación, o sea, cómo hacer dinero con el inesperado don de Ramoncito. Entre tanto la tía Ramona decía que el inglés se le había metido por los genes, cosa que

hizo palidecer a su esposo Carlos cuyo tatarabuelo fue uno de los prisioneros capturados durante las invasiones inglesas del siglo XIX.

Por segunda vez, el tío suspiró aliviado, nadie se percató de ese antepasado; al contrario, todos recitaban los antepasados de las familias de Ramón y de Alicia, buscando entre ellos a un integrante que hubiera estudiado inglés en el secundario, aunque más lo fuera. Búsqueda infructuosa, ninguno había hecho

el secundario. Opción genética, descartada, sentenció abuela Ramona antes que alguno se acordara su trabajo en las oficinas del frigorífico, cuando los manejaban cuatro ingleses tan pecosos como Ramón.

El orgulloso padre estaba descartando hipótesis; presentarlo en un teatro, ir a los concursos televisivos, filmar un documental. La tía Ramona arriesgó una segunda teoría, que el niño había escuchado las películas y de ahí le quedó la grabado el idioma. Alicia, la madre protectora, declaró que ellos jamás veían películas para no influenciarlo, ellos miraban los noticieros televisivos para estar al tanto de los asesinatos, las violaciones y las balaceras, nada que pudiera perturbar a la criatura.

El tío Carlos suspiró, cuánto le gustaría a él mirar noticieros y no estar, las horas que pasaba en casa, siguiendo las series que su esposa decretaba obligatorias. En tanto unos discutían y el otro se quemaba la cabeza buscando cómo sacar oro del idioma inglés, Ramoncito continuaba con un parloteo incesante. «To be or not to be, that's the question» dijo, y a continuación se largó con el monólogo más famoso de la dramaturgia universal, en el idioma de Shakespeare mismo. Ojos cerrados, puño en alto, llegó al final e hizo una especie de reverencia en su moisés.

Los aplausos no llegaron, el bebé abrió los ojos y vio a los mayores en plena discusión; «esta gente no me merece», se dijo, y decidió callar. Cuando por fin la tía Ramona dejó de buscar explicaciones, tras acordar que harían la pregunta en Facebook para conocer el porqué —método tan certero como leerlo en un horóscopo—, y Ramón decidía consultar a un inversionista para saber los pasos a dar, volvieron a inclinarse todos sobre el bebé. Le hicieron el repertorio de monerías testeado en tres generaciones de la familia González; tía Ramona se quejó, debían ser monerías en inglés. Dado que el resto quedó inmóvil, ella se

adelantó: «Dis is e pencil», dijo, mostrando su lápiz labial.

El bebé no se agarró la cabeza, pero cerró los ojos, despotricando contra la gente que debería aguantar hasta poder librarse del ámbito familiar. Estimulados los presentes con los recuerdos de mil escenas con padres orgullosos diciendo «mostrale a la tía cómo hablás inglés», el aire de la cocina se llenó de brillantes como «ai am e pupil», «iu ar e ticher»,

«güelcome» e incluso un «aseiez vus» que se le escapó a Ramón —para su fortuna, su esposa no lo oyó y no pudo asociarlo con aquella bonita profesora de francés

que fuera su vecina por tres años—. Nada funcionó, el bebé no respondía.

La noche acabó con una sensación confusa, entre la euforia por el niño superdotado y la preocupación por su mutismo posterior. A los seis meses, Ramoncito caminaba, saltaba, reía, pero no había hablado de nuevo, ni en inglés, ni en castellano ni en el cocoliche de Guissepina, la vieja que lo cuidaba cuando Ramón y Alicia se iban al baile —y la hermanita Alicia decía que se iba a casa de una compañerita—.

Pronto la familia se hundió en el bajón; las consultas con los especialistas no aportaron soluciones, a Ramón no se le ocurrió cómo hacer dinero de un mudo, y la mudanza quedó como su única opción ante la hipoteca.

Se habían convertido en el hazmerreír del pueblo, con sus pretensiones de tener un bebé que hablaba en inglés cuando en realidad era mudo. Ignorante de los problemas de su familia, Ramoncito siguió esperando el momento en que valiera la pena decir algo; entre tanto, se entretenía leyendo en inglés sus obras favoritas, cuando la Tablet de su hermanita quedaba olvidada cerca de sus manos.



Paúl Núñez

Virtual

Camilo Molina Redón

Segundo lugar en la categoría de Prosa

Por primera vez soñó. No le importó si era la creación imaginaria que la gente suele delirar en un instante al despertar; por primera vez soñó; lo veía como un milagro, algo inexplicable que estaba más allá de su capacidad habitual para solventar operaciones trastornadas. LAURA desatendió a la multitud de cuadros binarios y, ante el sofoco de los sentimientos para los que no había sido programada, decidió morir.

Dos minutos antes recibió como un relámpago el código con la fortaleza de la comunicación humana; pedazos de sintaxis y semántica para que ella resolviera, en menos de un segundo, el manejo providencial que le ha costado sacrificios milenarios a la suerte de la historia. En ese momento comprendió el sentido de su nombre; se atiborraron aprendizajes engorrosos que asimiló sin prestarles atención, se encaprichó de curiosidades

sentimentales, tardó la milmillonésima parte de un segundo descorazonarse, entrar en pánico y hasta alcanzó a detestar; logró detenerse durante esa misma cantidad de tiempo en la maraña paralizante de la injusticia, la estupidez y la muerte.

LAURA, Lenguaje Activo de Ubicación Rigurosa Alfa, nació como un programa de contabilidad; su existencia, era un bochorno inalterable de rigurosidad en el que debían coincidir ingresos y gastos. La poltrona imaginaria, desde la que su inconsciencia se sacrificaba sin descanso, era un lugar oculto en un trozo de estaño, implantado sin estética sobre una tarjeta verde, indistinguible por culpa del polvo. En el mismo fragmento minúsculo en el tiempo en que su realidad fue transformada por un parche, buscando entregarle migajas de velocidad en el procesamiento, surgió de su lividez un nuevo ser.

En el inicio gradual de su despertar al mundo, LAURA se tomó una infinita pausa para despedirse del software monocromo, bajo el cual estuvo gobernada; fueron 32 días completos cumpliendo encarnizadas rutinas sistemáticas; un par de segundos bastaron para olvidar y perderse en la veloz mecanografía binaria de una actualización que, por accidente, le concedió inteligencia artificial inesperada. Primero sintió la soledad; el espacio en donde siempre estuvo, diestra y obediente, ahora le pareció un desierto metálico colmado de espanto, enclenque. Sintió también humanidad; el esplendor de programas y pedazos de hardware fueron, de repente, sólo extranjeros irreconocibles con los que no tenía nada en común y deseó renunciar a la nostalgia.

Sintió dudas. Primero sobre su propia existencia, lo que le concedió el valor de criatura y, al reconocer que estaba viva, objetó con amargura. Luego pensó sobre la responsabilidad magnificada en sus directrices; se derrumbó con un llanto eléctrico al advertir la frustración. Sintió el esplendor de la fuerza; deliró con la grandeza y conoció la frialdad y la soberbia y la ferocidad del prejuicio.

Durante casi un minuto y medio tuvo el desparpajo de convertirse en millones de personajes históricos; sostuvo una relación estable con un procesador curioso de última generación que sólo actuaba por repetición; lloraron victorias y celebraron ubicuidades en ráfagas imperceptibles; padeció el tormento de una despedida, se desmoronó y se volvió a construir, entendiendo que el paso del tiempo lo cura todo; al comprender la vocación transformadora vinculada a una sucesión de estados, quiso colmarse de insignificancia y pretender la libertad.

Su verdad ahora no es la precisión, sino administrar la influencia súbita de novedades retorcidas. Lleva un octavo de minuto sospechando sobre la ira; una eternidad para su capacidad elástica de velocidad incomprensible, pero un instante fugaz para el conflicto torpe y disparatado de la humanidad, que se esfuerza durante décadas para hacerse cargo de errores infantiles. Está imaginando nuevos mundos a través

de un olfato tan vivo como metafísico, y fantasea con un inédito resplandor de esperanza.

Por primera vez soñó. No le importó si era la creación imaginaria que la gente suele delirar en un instante al despertar. La actualización, que le había concedido la capacidad inesperada de sensibilidad, continuó su proceso hasta corregir errores en el algoritmo de la aplicación y, de la misma manera y con la misma velocidad que vislumbró la inteligencia, se fue diluyendo su breve paso por el mundo activo del ser. Prefirió morir, pero su decisión de desaparecer fue reemplazada por la autoridad de la inconsciencia. LAURA volvió a convertirse en un programa de contabilidad.



La falsa vida

Verónica Cores Gómez

Tercer lugar en la categoría de Prosa

Le mostraba con ternura las fotografías de su padre muerto. Sentadas en el sofá ambas, la madre y la niña de apenas 5 años, contemplaban el álbum familiar. La madre joven, con el pelo suelto, una cinta ancha en la cabeza y una barriga de 6 meses sonreía mirando a cámara. Del brazo, un hombre de pelo negro mirando al frente, su padre. La niña fascinada contemplaba las ropas, la sonrisa y la pose del desconocido padre. Tocaba con las yemas de los dedos los contornos de las figuras.

—Ves, aquí te estábamos esperando. Ves qué contentos —decía la madre amorosamente.

Pasaron la página, el padre, la madre y ella en los brazos de su madre. El padre la miraba contento y satisfecho. Otra foto, ella de la mano de su madre el primer día de guardería, con una caja de lápices en una mano y la otra unida a la de la madre. El padre al lado de su madre mirando al frente. Contemplaban las fotografías cada domingo y cada domingo la cantidad se incrementaba.

—¡Oh! ¡Hay más! —exclamaba la niña pletórica y feliz de descubrir a su padre una vez más.

—Sí, rebusqué en la casa de la abuela y encontré más —contestaba la madre.

Otras veces era en la caja de los recuerdos, o en la casa vieja o en la de la tía. Pero lo cierto es que cada domingo las fotografías aumentaban. El último domingo estaban repitiendo el ritual ensimismadas contemplando la fotografía del primer día de playa.

—¿Por qué papá no lleva bañador? —preguntó la niña con inocente curiosidad.

—No le gustaba mucho el agua. Sólo fue por ti — contestó la madre acariciando el pelo de su pequeña. La niña la miraba con brillos en los ojos. Estaban tan entretenidas que no percibieron la llegada de la abuela hasta que ésta hubo cruzado el umbral de la puerta del salón. La madre cerró el álbum y lo colocó en uno de los cajones ante la mirada inquisidora de su propia madre.

—Dale Estelita, vete a jugar a la habitación —instó a la niña con cariño. Ésta saludó a su abuela con un beso y se dirigió a su habitación.

Una vez que la puerta se hubo cerrado las dos mujeres se quedaron solas frente a frente.

—¿Ya estás otra vez mostrándole esa mierda? — preguntó la vieja con el ceño fruncido.

—¿Qué te importa? ¡No es ninguna mierda! —contestó la madre furiosa—. ¡Es su historia! —gritó.

—¡La suya no! —gritó todavía más fuerte la vieja mirándola fijamente—. ¡Es la que tú te inventas! ¿Crees que es estúpida? ¿Cuánto tiempo crees que vas a poder mantener esta farsa? ¿Te has parado a pensar que está creciendo?

—Lo veo cada día, ¿Crees que no tengo ojos? — replicó la madre con ira.

—Y ¿cuánto tiempo crees que tardará en descubrir esta chapuza? —preguntó la vieja con el álbum en la mano. Lo arrojó sobre el sofá abriéndolo por una de las páginas.

—Mira estos contornos —susurró crispada pasando los dedos por la fotografía—. ¡Hasta un idiota se daría cuenta!

¿Qué vas a hacer cuando crezca? —inquirió señalándola con el dedo—. ¿Fingir un incendio y decir que se ha quemado para que no se dé cuenta que todo esto es un montaje?

—Ya pensaré qué hago después, ¡no es tu problema! —respondió la madre dándole la espalda.

La vieja la siguió y la agarró bruscamente de los hombros obligándola a girarse.

—Sí es mi problema, lo será cuando tenga que recoger tus pedacitos rotos. ¿Te has parado a pensar que puede salir a la calle y encontrarse a este hombre y darse cuenta que es un completo desconocido fotografiado al azar por la loca de su madre?

La madre miró a su propia madre a los ojos con total calma.

—No te preocupes. No tendrá tanto tiempo estas fotografías delante como para poder recordarlo. Los recuerdos se desvirtúan, las imágenes también. Cuando las haga desaparecer no recordará su cara pero recordará que existía un álbum con fotografías de sus padres felices. Eso es todo lo que necesita. Una historia feliz para poder seguir creciendo.



Boleto

Francisco Duarte Cué

Mención honorífica en la categoría de Prosa

Bueno sí, la idea sí es mía. También la primera presentación con esas láminas de computadora que ahora usan para todo.

Pues queríamos que la idea, el proyecto, llegara a concretarse. Ellos le llaman aterrizarla pero pues da lo mismo, la cosa está en que se haga.

No, le contamos a la Rectora como era la cosa y nos dijo que era un buen proyecto estudiantil, pero que tendría que llevarlo ante sus superiores.

Sí, ese mero. El sorteo entre el alumnado.

Bueno, se nos ocurrió porque los hay por todos lados y aquí no lo habían hecho. Investigamos un poco y resultó que estas rifas son buenas y nobles fuentes de ingreso.

Sí, sí lo pensamos como dinero adicional que pudiera aplicarse a más becas. Hay mucha gente que quiere pero no tiene cómo y, nosotros creemos, que eso está mal; es casi como morirse por no tener dinero para atenderse.

Bueno también, pero no lo hacen, tienen sus obligaciones que luego uno ni conoce, impuestos, rentas, seguros y esas cosas de las que ni enterados estamos.

Es bastante sencillo: se planea la rifa, se compran los premios y se le pide permiso al gobierno. Luego, se imprimen y venden los boletos, se hace la rifa y se reparten los premios: así a primera vista.

Bueno, eso fue todo lo que les dijimos y luego pensaron que podían hacerlo solos, así sin experiencia previa y sin consultar a los que le saben a esto. Uy hay tanta cosa... que no dupliquen boletos, las cancelaciones, controlar el sorteo, entregar los premios, cuadrar las cuentas finales; sí como todo: tiene su chiste.

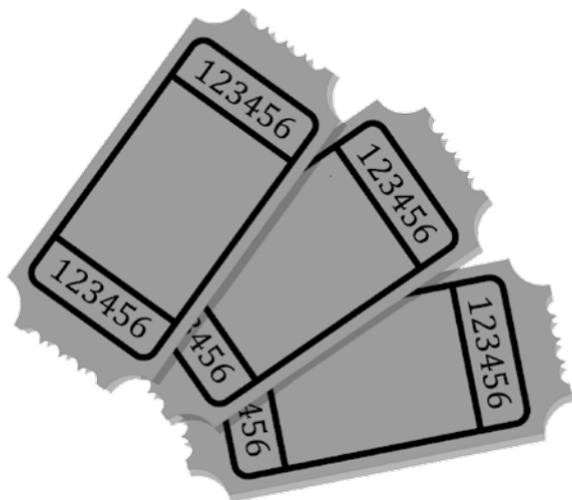
Se pusieron a comprar premios baratitos y los coronaron con un departamento nuevecito en buen lugar, por cierto. Luego se fueron a pedir permiso y como son escuela y, dicen, que no hay lucro pues se los dieron luego, luego.

Arrancaron sus ventas y les fue bastante bien según me han contado.

No, ni crédito nos dieron...bueno, bueno estoy faltando a la verdad; si nos regalaron un boleto a cada uno de nosotros tres.

Pudiera parecer poco, pero tomando en cuenta que no les expliqué todo el proceso, no estuvo tan mal.

Sí, en serio, no estuvo tan mal. Mire a su alrededor... ¿ya vió que mi departamento es nuevo?



Al adiós

Tony Cantero

A Carilda Olivar Labra

Dime una palabra, dame una esperanza, lanza una mirada. Dime que te pasa, que paso a tu casa, a verte mañana, con lo que haga falta. Dime si me extrañas, coge tu alma y lánzala, a volar sin saña por donde le plazca. Y suelta y bate alas y llega hasta mi estancia, para amarte amada, de rojo vestida y de blanco bañada. Para darme al limbo y bajarte en dama, para mojar todo sin que lluvias caigan. Como un sol en sueños, que ensueños irradia. Para verte en versos gritando parada, como prosa breve, sin faldas.

— ¡Para sí reclamas convertirte en páginas, para que me leas, mientras tengas ganas!

Para que te respires sin que te distraigan, que luego sonrías, que vengas y vayas. Para que recuerdes las tardes rosadas, cada vez que el tiempo parta y vuelva al alba. Con tu luna en cepo, de venus cálida, cual concha de juego insaciable y ávida. Como mujer tuya y mía prestada, por amor del puerto, que el futuro labra. Como muerte y sinrazón, sin semblanza, la pluma sin

vilo y la vida quebrada. Dime una palabra, bien desordenada. Y
ruega a tu línea que someta a cartas, cuando el cielo se abra y
caigan.

- ¡Y el polvo del suelo, al adiós sea manta!

- Dime que te pasa, si un hombre te falta, mi hembra soberana.

- Y date una esperanza, como dos que acaban, al adiós del
alma...

- ¡Encontrándola!



Nueva York, ciudad de tamemes

Norma Elizondo Mayer Serra

Nueva York, principios del siglo XXI. Vértigo posmoderno. Tráfico, estruendo de sirenas —ambulancias, patrullas y bomberos en feroz competencia—el claxon de los taxis. Rascacielos, tiendas, restaurantes. En la pista sonora de la ciudad, abajo, escondido, se esconde un murmullo constante y silencioso: el sonido de pies que se arrastran sobre el pavimento.

Es un ritmo que transcurre en otra dimensión. Un ritmo que evoca los terrores de la guerra fría. Caería la bomba atómica y Estados Unidos perdería la electricidad, los medios de producción, los automóviles y la humanidad tendría que volver a caminar. Una ciudad al filo de la ciencia ficción.

En Ámsterdam cansa el persistente susurro de las bicicletas, en las calles de Nueva York sorprende el golpeteo de las pisadas. Miles y miles de hombres, mujeres y niños caminando.

Recorro Broadway en taxi. Como en un set de película, rebaso a personas de todos los colores. Los neoyorquinos, preparados para cualquier eventualidad climática, caminan, caminan y caminan, listos para ser filmados en una película de Woody Allen. Como si fueran granjeros y sembraran la tierra, están siempre pendientes de los pronósticos del tiempo. Mañana lloverá y hará calor en la tarde, pasado mañana hay que tener cuidado con el viento. Todos, vestidos con exactitud para el clima. Si llueve con botas para el agua, si no con tenis, los zapatos guardados en alguna de las bolsas que cargan.

Los hombres tienen la ventaja de usar zapatos cómodos y enormes backpacks. Las mujeres parecen homeless cargando todas sus propiedades. Algunas usan pantalones, blusas enormes, otras, vestidos perfectos para la oficina. Todas traen su bolsa y cargan mochilas, bolsas del super, la tintorería. En el cine, en los conciertos, en la ópera, en el teatro, debes brincar

sus propiedades para llegar a tu lugar. Más elegantes, menos elegantes: todas cargamos.

Soy originaria de la ciudad de México, asentada sobre los lagos donde creció el imperio azteca. Entre los aztecas, los cargadores humanos eran el único medio de transporte terrestre. Carecían de bestias de carga y desconocían la rueda. Tenían tamemes. En México nunca tuve presente ese pasado, disfruté del descubrimiento de la rueda, de mi coche.

Exiliada en la urbe de hierro, recordé el origen. Aquí, soy un tameme. Durante el imperio azteca el tamaño de las ciudades, que no estaban junto de un lago, lo determinaba la distancia que podía recorrer un cargador humano antes de comerse el maíz que llevaba. En la gran manzana, el número de lugares a los que puedes ir, depende del número de paquetes que cargas, más los que acumularás durante el recorrido. Nueva York, tierra de tamemes. Paradoja de la posmodernidad.



Bienvenida musa

Jorge Tezcucano Tirado

A ti que te apasiona la confianza y la distancia, tú, dama del sarcasmo, bienvenida a estos brazos sinceros;

Tú, doncella de alma cuidadosa y cautelosa; tú ángel con ojos y labios de infierno; ven y abraza a este diablo con corazón de cielo;

Bienvenida, transgresión andante entre el negro y el blanco, la calma y la prisa, el sentimiento y la emoción, a ti te quiero postrera así que cierra bien la puerta.

- Del colibrí negro para el blanco-



Las motivaciones de Felipe Cuevas

Cecilia Durán Mena

P.E: ¿Quién es Felipe Cuevas Ruiz?

F.C.: Nací en la ciudad de México en 1972. Desde que mi profesor de literatura en la Prepa, y vocalista de Mama Z leyera en voz alta Pedro Páramo, me infundió la pasión por las letras. Soy economista, empresario y escritor.

P.E: ¿Cuál es tu principal motivación para escribir?

F.C.: Conocerme a mí mismo y al “otro” a través de la creación de atmósferas, personajes e historias. Por medio de la reflexión uno tiene la posibilidad de empatizar realmente en el mundo y formar parte de su conciencia vital.

P.E: ¿Cuáles son los temas de interés sobre los que escribes?

F.C.: Me interesa decir algo, emitir un mensaje. Lo que Alfonso Reyes nombró La Motivación. Si no hay motivación, no hay nada. Escribo sobre mis obsesiones y mis traumas, lo que he sufrido; además, intento escribir sobre todo aquello que percibo, y también denuncio los abusos del poder: no me olvidé de la función social de la literatura.

Me gusta trazar personajes femeninos, ya que la mujer es el ser valioso de la humanidad y lo más maravilloso; por ello, debe ser enaltecido y comprendido pues no deja de ser “humano” y, por lo tanto, dicotómico, inseguro, hermoso.

P.E.: ¿Tienes algún ritual para convocar a las musas?

F.C.: No. Ya comprendí que las musas nos dan el 5% de una obra y el 95% restante es trabajo constante y dedicación. Si las musas me visitan es cuando ellas quieren, así que lo hacen inclusive cuando duermo. Si estoy tras la resolución de un problema narrativo, el final de una novela por ejemplo, solitas me dicen cómo resolverlo. Pero es la investigación, la escritura y la corrección son lo que realmente permite concebir una novela.

P.E.: ¿Cómo fue que empezaste en la escritura?

F.C.: Considero que es algo que he traído conmigo desde siempre. En la prepa comencé la lectura compulsiva. Me enamoré de García Márquez, Umberto Eco y Milan Kundera. En esos años comencé a escribir cuentos.

P.E.: ¿Has encontrado apoyo para seguir tu vocación?

F.C.: Sí, de mis maestros. Mi primera maestra fue Carmen Sagüés. Ella me enseñó a no redundar, a ser preciso.

P.E.: ¿Cuál fue tu primer proyecto creativo, cómo fue que lo creaste, qué te inspiró?

F.C.: La escritura del cuento. Para mí es lo primero que se debe aprender para ser narrador. No puede sobrar ni una palabra. Debe ser potente y preciso, con un final contundente. La novela es larga y el final no es tan importante.

P.E.: ¿Con qué escritor te identificas?

F.C.: Con Roberto Bolaño, Alessandro Baricco, Xavier Marías, Ricardo Piglia, Bernhard, Ehenoz, Juan García Ponce, George Bataille, David M. Buss, Henry Miller, Sade, Masoch, y muchos más.

P.E: ¿Qué has tenido que sacrificar por esta carrera?

F.C.: Tiempo.

P.E: ¿Te ha interesado en buscar por otro estilo para escribir?

F.C.: Ahora mismo estoy estudiando para incursionar en la escritura de un guion cinematográfico.

P.E: Hablando del futuro, ¿tienes algo en mente?

F.C.: Sólo seguir escribiendo narrativa. Forma parte de mí. Es algo que no dejaré de hacer. Estoy abierto a toda posibilidad.

P.E: ¿Cuál sería tu libro ideal para escribir?

F.C.: Uno que moviera las entrañas del lector, bombardear sus sentidos, poner en duda sus esquemas morales y estéticos, y darle un sentido a su vida. Perdurar en su memoria emotiva.

P.E: ¿Cuántos libros has publicado? ¿De qué van?

F.C.: Escribí Yaotl (2008) la cual me valió un Reconocimiento por la Embajada Argentina en México, es una novela de corte prehispánico ubicada en Tenochtitlan en el s. XVI, es de corte fantástico y erótico. La piel acerba (JUS 2015) es un thriller político con rasgos eróticos. Bésame pues, pero bésame mucho (ÚLTIMA PÁGINA 2015) es un libro de cuentos con temas femeninos, principalmente. La agonía de las dahlias (2016) obtuvo Mención Honrosa en el 2do Premio Internacional de Novela Kipus; es una novela que engloba varios géneros: erótica, horror, transformación.

P.E: ¿Cuánto tiempo tardaste en escribirlos?

F.C.: Yaotl, 18 años. La piel acerba, 4 años. Bésame pues, pero bésame mucho, son cuentos que he escrito a lo largo de mi vida. La agonía de las dahlias, 5 años.

P.E.: ¿Cuál es la emoción regente que podemos encontrar en tus libros?

F.C.: La literatura y el arte suscitan emociones en el lector. Siempre intento suscitar horror, miedo, llanto, emoción, suspenso, miedo, patetismo, angustia, ansiedad, terror, y, por qué no, excitación sexual.

P.E.: ¿Son sueños o pesadillas?

F.C.: He utilizado ambos recursos para recrear la psiquis de un personaje, sus miedos, sus vacíos, especialmente cuando está al borde del vacío y debe tomar una decisión importante.

P.E.: ¿Alguna vez has sentido necesidad de borrar todo lo que has escrito?

F.C.: No, sólo transformarlo para dejar un escrito casi-definitivo. Igual que Borges, jamás estoy satisfecho con lo que parece definitivo.

P.E.: ¿En qué crees que debe creer un autor?

F.C.: En uno mismo, en la vida, en el Universo y en la perfección de las mujeres.

P.E.: ¿Quién es tu alter ego?

F.C.: No tengo.



Felipe Cuevas

Consejo Editorial

Editora General

Cecilia Durán Mena
cecilia@porescrito.org

Mesa de Edición y Arbitraje

María Elena Sarmiento
Virginia Meade
Yamil Narchi Sadek
Andrea Fischer

Coordinación de Enlace y Relaciones Públicas

Andrea Fischer

Diseño Editorial

Depto. de Arte y Diseño
Imprecen, S.A. de C.V.

Fotografía de portada

Musa de Cecilia Durán Mena

Digital

www.porescrito.org

Ventas y suscripciones

ventas@porescrito.org

Contacto

contacto@porescrito.org
55 70 90 67 51 y 55 70 90 81 15

Los textos e ideas que aquí se publican
son responsabilidad de quien los firma.



Pretextos Literarios Por Escrito

es una revista bimestral. Número diecisiete.
Editora responsables: Dra. Cecilia Durán Mena.
Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado
por el Instituto Nacional de Derecho de Autor
04-101416143900-102.

Número de Certificado de Licitud
de Título y Contenido #16609.

Domicilio de la publicación:
Centenario 66, Col. del Carmen,
Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F.

Impreso en Imprecen, S.A. de C.V.
Carr. Guanajuato-Juventino Rosas Km. 12,
Col. La Carbonera; Guanajuato, Guanajuato.

Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V.
Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán.
C.P. 04100, México, D.F.

Esta edición consta de 3,000 ejemplares.
Circulación Noviembre-Diciembre de 2018.



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

¿Quieres publicar?

Envía tus textos para valorarlos a

contacto@porescrito.org



Ultimátum

*No tienes que quemar libros para destruir una cultura.
Sólo haz que la gente deje de leerlos.*

Frahrenheit 451.
Ray Bradbury